

81

Real Academia
Hispano Americana de
Ciencias y Artes.-Madrid



Junta pública de inauguración de la
Sección

Manuel Alvarez. Impresor.—Cádiz.



S. M. EL REY, PRESIDENTE DE
○ ○ ○ ○ ○ HONOR ○ ○ ○ ○ ○

REAL
Academia Hispano-Americana
DE
CIENCIAS Y ARTES

Junta solemne celebrada en Madrid el día
4 de Diciembre de 1917



CADIZ

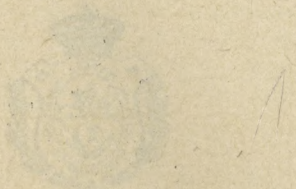
IMPRENTA DE MANUEL ALVAREZ-
FEDUCHY, 12.

REAL

ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES

CIENCIAS Y ARTES

Tratado de la medicina en Madrid el día
4 de Diciembre de 1817



IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



S. M. el Rey y personalidades que le acompañaron en la sesión inaugural.

DESCRIPCIÓN DEL ACTO

Y DISCURSOS PRONUNCIADOS

Hace tiempo que esta institución hispano-americana, fundada en Cádiz, deseaba extender su radio de acción a la capital de España, comprendiendo que de este modo su actuación tenía que ser más eficaz; pero el poco ambiente que en Madrid existía y el no mayor espíritu de unión que caracteriza a nuestros intelectuales, hizo se malograrán diversas tentativas, hasta que, por fin, el día 4 de diciembre de 1917, logróse ver realizadas en parte estas aspiraciones, con el acto inaugural de la SECCIÓN MADRILEÑA; acto que tuvo lugar en el local de la Real Academia de Jurisprudencia, galantemente cedido al efecto.

Acto fué éste de gran transcendencia para las corrientes de confraternidad hispano-americana, no solamente por lo que en él dijeron los distinguidos oradores, sino por haberlo presidido con carácter efectivo S. M. el Rey, dando así una clara muestra de cuánto se preocupa por las cuestiones hispano-americanas y de que siempre está dispuesto a corresponder con agrado al afecto y respeto que le profesan las naciones de habla española.

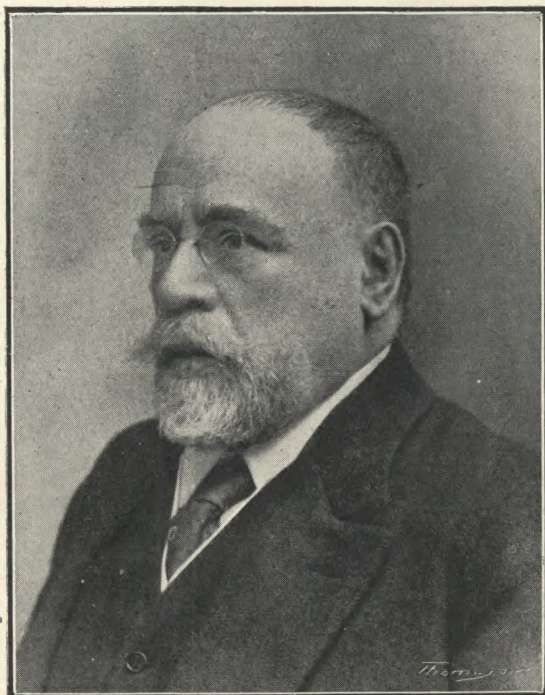
A las seis de la tarde, llegó S. M., vistiendo uniforme de general, con el distintivo del Regimiento del Rey y con la Placa de la Academia, como Presidente de honor. Le acompañaban el Marqués de la Torrecilla, Jefe Superior de Palacio; el general Carranza, ayudante de S. M., y el caballerizo D. Fernando Dorado.

Fué recibido S. M. por el ministro de Instrucción pública, Sr. Rodés; el gobernador civil de Madrid, Sr. López Ballesteros; el director general de Seguridad, general La Barrera, y la Junta de la *Sección de Madrid*, formada por el presidente, marqués de Velilla de Ebro; vicepresidente, D. Rodolfo Reyes; secretario, D. Alberto Peyrona; tesorero, conde de Castillo Fiel; consiliario primero, don José María Gamoneda; consiliario segundo, barón de la Torre, y el secretario de Cádiz D. Joaquín Fernández Repeto, comisionado por la Corporación gaditana para representarla en tan solemne acto.

Al entrar la *real persona* se oyó una salva de aplausos. S. M. sentóse en el estrado, teniendo a su derecha al señor Rodés y a su izquierda al marqués de Velilla de Ebro y al capitán general de Madrid, Sr. Aznar.

En sitios preferentes se encontraban la condesa de Pardo Bazán, D.^a Blanca de los Ríos de Lampérez, los condes de Atarés y Cedillo, los Sres. Benlliure, Lampérez, D. Luís Ortega Morejón, Arbós, Prats, Rújula, González Rothwos, López Muñoz, Reynot, Aguilar, conde de Val del Aguila, maestro Fernández Bordás, López Robert, Trucharte, D. Fernando Ibarra, Vizconde de la Morera y muchos más.

Varios diplomáticos americanos, entre ellos el Encargado de Negocios del Perú cerca de la Santa Sede, don



EXCMO. SR. D. RAFAEL ANDRADE,
ACADÉMICO PROTECTOR : : : :

Pedro José Rada y Gamio; el expresidente de la República mexicana, D. Francisco de la Barra; el ministro del Brasil en España, D. Pedro de Toledo; el Enviado Extraordinario de Panamá; ministro de Guatemala; Encargado de Negocios de Venezuela; secretario 1.º de la Legación Argentina; Agregado militar de Chile, y cónsul de México.

Por serles imposible asistir, se adhirieron el obispo de Sión, el presidente del Consejo Sr. García Prieto, ministro de Gracia y Justicia Sr. Fernández Prida, y los señores D. Faustino Rodríguez San Pedro y D. Rafael María de Labra.

Ocupa la tribuna el Académico protector D. Rafael Andrade, el cual, con la real venia, pronunció el hermoso discurso que a continuación se transcribe, y que, a pesar del carácter de la reunión y de la presencia de S. M., fué saludado con nutrida salva de aplausos:

SEÑOR:

Unos hombres de buena voluntad, amantes de su patria y de las instituciones que la encarnan porque son constitucionales con ella, se han constituido en sociedad, en forma académica, para procurar el fomento de las relaciones hispano-americanas. La Ciencia, la Literatura y el Arte serán las armas que esgriman en lucha con las maldades de falsas historias que entorpecen confraternidades y uniones espirituales impuestas por ley de naturaleza.

Al inaugurar en Madrid sus trabajos la Academia, cometieron el error de encargarme a mí de presentarla en este su primer acto público; y cometieron error, porque personas de más autoridad, de más altos alientos intelectuales, de elocuencia más persuasiva que la mía, debieran ser las encargadas de esta misión. Yo pasé por la equivocación, porque cuando me brindaron con el honor era

ministro de V. M. y no debía excusar trabajo que redundara en beneficio de la cultura patria.

Estos hombres de buena voluntad, por la bondad de V. M. constituidos en Real Academia, saben que en los pueblos americanos de nuestra raza, en donde es señora única nuestra lengua, en donde corre por todas las venas nuestra sangre, y alienta nuestra civilización, y todo es vida de nuestra vida, por pereza propia y por osadías extrañas, penetran influencias destructoras, de las legítimas nuestras, que ya las merman considerablemente, que pudieran aniquilarlas, si aciertos y actividades nacionales no nos llevan a la más activa defensa. Y en esta orientación, con este noble propósito, la Academia Hispano-Americana trabajará, está dispuesta a laborar con voluntad firme, puesta la vista en la patria y en los santos deberes, cuyo cumplimiento de modo imperativo nos demanda.

Prescindiendo de aquellos tiempos en que la historia, el mito y la leyenda viven en confusa mezcla, en los tiempos históricos no se conocen más que dos tipos fundamentales de colonización. Se colonizaba por legiones o por factorías. Era la legión la fuerza militar, que establecida en la marca, en la marca se fortifica, y desde allí acomete, conquista, domina y explota al pueblo invadido. Era la factoría, el foco comercial que atrae, domina, explota con operaciones de primitivo comercio. En estas dos formas, legión conquistadora y factoría explotadora, se realizaban las colonizaciones de que la Historia nos habla, sin que jamás en ninguna de ellas la civilización, conservación y mejoramiento de las razas y de los pueblos llegaran a ser móvil u objetivo de los colonizadores, que llevan a sus empresas dioses y leyes, es verdad, pero dioses y leyes que los eran de la legión y de la factoría, nunca del pueblo dominado o explotado. Pudieron alguna vez realizar estos fines de civilización y conservación de la raza, pero sin proponérselo. La gloria de una política colonial inspirada y dirigida a tan altos fines, reservada estuvo a Es-

paña y Portugal, que la inician y la desenvuelven con el descubrimiento y conquista de América, sucesos los más trascendentales de la Historia en el orden de los hechos humanos.

Al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo acompaña la colonización por misiones y por encomiendas. Institución eminentemente piadosa la primera, se desarrolla en sentimientos religiosos, fija la vista en la civilización y conservación de las razas, y muy separada de la explotación de las mismas. Nace la misión con sus tres institutos fundamentales: la Iglesia, la casa del Rey y la Escuela. En el recogimiento espiritual de la Iglesia, se le llama hermano al indio y por Dios se le iguala al conquistador, defendiéndole de todo bárbaro desmán. En la casa del Rey se le administra justicia amparadora, y constantemente se recuerda con actos y palabras que a civilizar, y no a explotar, se había ido a la nueva tierra. En la Escuela se instruye y educa al indio, infiltrándole nuestras propias ideas y sentimientos, que era lo mismo que darles nuestra propia vida. Fué tan fructífera la labor de la Misión, tan piadosa y humana, tan cristiana, que cuando en el siglo XVIII, leyes inspiradas en fanatismos doctrinales, expulsaron a los jesuítas de España, y, por lo tanto, de las misiones coloniales, se produjeron trastornos, porque los indios, a miles, se fugaban a los bosques y a las pampas por no admitir otra autoridad que la de sus misioneros.

No era muy distinto el trabajo de la encomienda que el de la misión. Pero aquella no daba los mismos rendimientos, porque no predominaba en la encomienda la piedad religiosa. La codicia extravió muchas veces al encomendero, haciéndole olvidar los nobles fines de la colonización, convirtiéndole en explotador despiadado. Contra sus desmanes, desde aquí, en más de una ocasión el poder del Rey tuvo que poner coto con severas disposiciones. No fueron parcos ni blandos en sus mandatos. Desde las primeras disposiciones de los Reyes Católicos, hasta el

Código de Indias, fueron muchas las pragmáticas protectoras de indios, y todas demostrativas del amor de la Soberanía y de lo dispuesta que siempre estuvo a defenderlos del encomendero, que por codicioso, solía caer en crueldad.

La conquista y nuestro dominio en América, no persiguió ni exterminó las razas descubiertas; antes al contrario, las conservó y fecundó, acrecentándolas, mezclándonos con ellas, dándoles nuestra sangre, cultura y religión, toda nuestra vida, confundiéndose los dominadores con los dominados; creando nacionalidades de lengua hispana, que dicen al mundo cuál fué la obra de la colonización española. En esos pueblos americanos, hoy independientes y libres, y en otros territorios que fueron colonias del Rey de España, existen treinta millones de indios entre puros y mezclados; ocho millones de indígenas se cuentan en Filipinas, y no eran más de seiscientos mil los que encontraron los conquistadores españoles, y Puerto Rico ofrece la población más densa del mundo. Al perderlas, en todas las colonias dejaron nuestros antepasados grandes ciudades, establecimientos de enseñanza suntuosos, fundaciones religiosas espléndidas, leyes justas, sangre y vida propia. No se abandonó el dominio de las tierras descubiertas y conquistadas, sin sellarlas con una civilización que nos consiente afirmar que, en espíritu, somos unos con los americanos y unos son ellos con los españoles. Y esto es así, porque la conquista y colonización no fué comercial, no fué de explotación. Por eso pueden decirle al mundo, en los días que corren, las ciencias antropológicas, que los pueblos hispanos son los únicos en la Historia que colonizaron humanamente, con visión clara de las santas leyes de la naturaleza, verdad que hoy proclaman las razas conservadas, acrecentadas y constituidas en espléndidas naciones, preñadas de grandes fines que deben realizar con el pueblo colonizador, en unión espiritual con él, con los suyos, con los que hablan

su lengua, con los de su sangre, y distanciados de extraños, con los cuales jamás podrán vivir una misma vida ideal y de sentimientos fraternales.

Sin embargo de todo esto, la justicia no fué siempre nuestra amiga. La magna obra ha sido muchas veces negada y obscurecida su gloria por calumnias labradas en tesis históricas, traducidas y aun originales, de ellas, de sus consecuencias no hemos sabido librarnos. La leyenda negra, aún existe. Nace, tan pronto dejamos de tener fuerzas suficientes para dominar o para conservar cuanto por ley de conquista o de herencia vino a nosotros. Vive en América, en la América española. Inútil es ocultarlo. Señalar el mal, es ponerse en condiciones de extirparlo. Ocultarlo, es asegurar su persistencia.

España fué el pueblo europeo que tuvo organización feudal menos despótica, porque su feudalismo medioeval lo templaron la potestad Real y el vigor de los Municipios. En pleno Renacimiento, en los comienzos de la época moderna, España muestra tales energías intelectuales, que puede asegurarse que pocas ideas filosóficas nuevas habrá tenido el mundo moderno que el Renacimiento español no engendrara.

En la época de los fanatismos religiosos que inicia la Reforma, no fué mayor el nuestro que el de otros pueblos. España no conoció las emigraciones en masa por persecución religiosa; y en toda la Inquisición de Toledo, ha dicho un gran escritor, no se encuentra un solo proceso contra alquimistas. Para no separarnos de las corrientes generales, a su tiempo expulsamos a los jesuítas y perseguimos a las Comunidades religiosas. España fué feudal, absolutos sus monarcas, escéptica, enciclopedista, revolucionaria... cuando todo esto lo fué Europa; pero con fundamentales diferencias. El feudalismo fué benigno; el absolutismo, el más templado; porque la Monarquía española era un verdadero imperio con apoyos populares; el fanatismo religioso, el menos destructor, por la casi uni-

formidad en la creencia, que desterraba temores y engendraba confianzas en la conservación de la fe; el escepticismo, estuvo libre de agrideces, y la revolución, exenta de monstruosas crueldades y persistentes persecuciones.

Y sin embargo de estas verdades, la leyenda negra se tejió y sigue tejiéndose, se abriga con nosotros, y está en América, y sobre todo, en la América española, en la escuela, en los libros de la escuela americana, mostrando la conquista y colonización en páginas de tristezas, de dolores y crueldades que nos enagenan afectos fraternales a que tenemos derecho. En vano la ciencia antropológica señala nuestras virtudes, espléndidamente representadas en la conservación, en el acrecentamiento de razas, y en la civilización a ellas llevada. Los chismes de la Historia siguen perdurando.

¡Qué conquista se hizo en el mundo sin producir dolores! ¡Cuándo, sin daños, actuó la fuerza en son de guerra! ¡Cuándo no fué la codicia individual explotadora! Ya sé yo que la leyenda no arraiga en los cultos entendimientos americanos, y en ellos hay que apoyarse para desarraigarla de los demás, sobre todo de la escuela, que es su principal vía de circulación. Esta será principal labor de la Academia Hispano-Americana: la de luchar, en campaña de destrucción, contra las falsas historias, para desalojarlas de los sitios populares en donde moran, buscando para ello el auxilio de las supremas inteligencias americanas, libres de prejuicios y conscientes de las altas misiones que a españoles y americanos, en unión espiritual, les tiene reservada la Providencia. Esta unión espiritual, por el bien de todos, es preciso estrecharla con la más activa y constante comunicación científica, literaria y artística. Lo demás, lo tendremos por añadidura.

Estos son los fines perseguidos. Los medios, son muchos. Cuéntanse entre ellos la creación de una Universidad hispano-americana que permita el intercambio de juventudes, que se eduquen e instruyan en su propio solar,

con escogido profesorado americano y español que ofrezca en el seno de la patria todas las enseñanzas que hoy se buscan en el extranjero. La organización de Museos de reproducciones que aporten a la América española nuestro patrimonio artístico, que es el suyo. La protección al libro que lleve a América nuestra producción intelectual y al que traiga a España la producción americana, hoy explotada la primera por industrias extrañas. La determinación de corrientes emigratorias temporales de juventud, de pensionados en las Repúblicas americanas que estudien la historia, la cultura, la vida de los pueblos hermanos. En comunicación constante con instituciones similares a esta Academia, cuidar y amparar todo esfuerzo científico, literario y artístico de depuración de cuanto en daño de la verdad histórica pueda andar por el mundo con tendencia a romper la estrecha relación espiritual y material de los pueblos hispano-americanos con la patria común creadora y civilizadora. En una palabra: será objetivo de la *Academia*, en cuyo nombre hablo, la defensa y propagación de todo trabajo, de toda obra que tienda a popularizar la doctrina que dice que el concepto de nación espiritualmente se extiende a la raza, por lo cual hemos de aspirar constantemente a la unión de pueblos sólo materialmente separados, que deben y necesitan vivir unidos; y que llegarán a estarlo, porque es aspiración de patriotismo que se impondrá a los de aquí y a los de allá, porque es y debe ser aspiración de todo buen español y todo buen americano.

Para elevar el corazón hasta tan noble esperanza, y para ir viéndola convertirse en palpables realidades, estoy seguro de que la *Academia* contará, de una parte, con el apoyo del Estado y el de nuestro Soberano, a quien la Historia nombrará por el Rey de los altos pensamientos y las nobles ideas, y de otra con el concurso de la representación diplomática de los pueblos hispano-americanos, compuesta siempre, y hoy muy singularmente, por hombres de alta mentalidad y cultura, prestigios acatados aquí

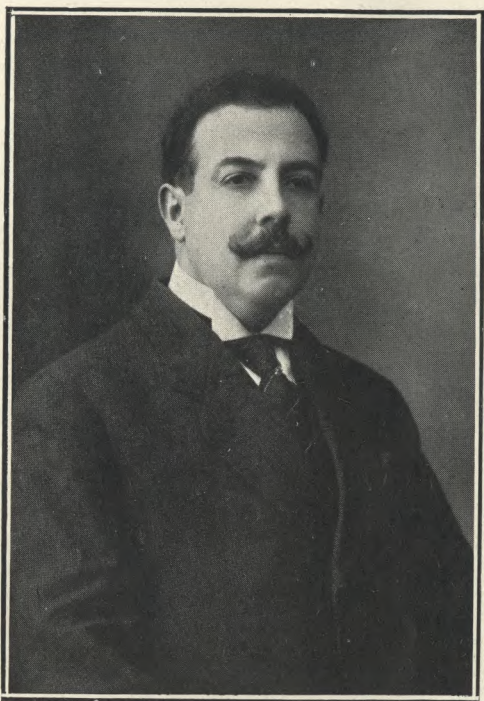
y en América, adueñados del conocimiento pleno de los problemas políticos del mundo, entre los cuales resalta el americano, preñado de peligros que claman, para conjurarlos, por la unión hispano-americana, ideal por el que laboran y laborarán sin descanso los hombres de buena voluntad, amantes de su patria, que constituyen esta Real Academia. (*Muy bien, muy bien. Aplausos*).

A continuación, el Dr. Reyes, exministro de Justicia en México y Académico de número, pronunció el elocuente discurso lleno de floridos párrafos, que igualmente se reproduce a continuación, y por el cual fué muy felicitado:

CON LA VENIA DE S. M.: SEÑORAS Y SEÑORES:

Hay ocasiones en que las excusas suenan a falso y en que los exordios personales resultan mezquinos. A falso aquéllas, porque mejor que decirlas en la tribuna fuera no pisarla; mezquinos éstos ante la grandeza de los temas tratados. Así acontece en la ocasión presente. La *Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*, que desde hace años lleva vida activa en Cádiz, me honró de antaño llamándome a su seno, y hoy su *Sección de Madrid*, al establecerse, me honra designándome su vocero.

La explicación del caso es natural. Cuando quiso iniciar su vida ante la presencia de su augusto *Presidente de honor*, al que en su nombre rindo mis respetos, pudo encontrar entre insignes españoles muchos gallardos representantes; pero al querer demostrar la verdad de su lema y de sus sentimientos concediendo voz y honra a un americano, me tuvo a mí más cerca y me dió su consigna. Como quien cumple, pues, con un deber, en venir a cumplirlo está mi excusa. Y encargándome a vuestra benevolencia—condición vulgar que no cualidad excepcional entre gente española—, entro sin más preámbulo en materia.



DR. D. RAFAEL DE REYES, VICEPRE-
SIDENTE DE LA SECCIÓN DE MADRID.

No ha de ser mi palabra sino una glosa de las cultas y autorizadas del Sr. Andrade. Quiero contestar a sus nobles y felices pensamientos, no como representante de América, que tan alto título ni ostento ni merezco; pero sí como americano que soy, para mi orgullo.

Yo sé, señores, que quienes creen que al espíritu humano puede hablársele en nombre de la Biología, han de criticar que sostenga yo la existencia del carácter definido de nuestra raza. Pero de no referirme a él, olvidados nuestros comunes intereses, perdidas nuestras conexiones, ¿de qué afinidad habría de hablar? Si mi sangre, señores, sube a mi cerebro y da convicción y fe a mis expresiones, es sólo y únicamente porque siento que ella comparte su caudal entre el origen español y el americano. Dejemos, pues, a los biólogos que nieguen la existencia de razas definidas en los tiempos presentes, y si la unidad racial es mentira, mentira es de esas piadosas que forman el bagaje de la fuerza espiritual del hombre, de esas que si un día la ciencia destruyera, la humanidad caería de rodillas pidiendo al cielo que subsistiera su necesario engaño para evitar que se secara su alma, ya que si de una abstracción se trata, de esas que según algunos no tienen contrasentido en el mundo de las realidades, abstracción es de aquellas que como el amor, la gloria, el honor, todavía a algunos nos nublan la vista, nos aprietan el corazón y nos iluminan la conciencia.

No hay para el hombre que sienta la humana solidaridad nada más poderoso para conmoverlo que el sentimiento de la raza. Mediante él, percibimos un grave pasado hecho de dolores y glorias y nimbado por doradas leyendas que sostiene nuestra limitada individualidad y, ambiciosos, nos sentimos así colaboradores de una obra milenaria y queremos unir el propio esfuerzo a la común herencia. Algo como una trepidación inmensa que viene del polvo en el que yacen los que fueron, pasa por nosotros, y *anteos* que nos nutrimos de ese polvo, en él buscamos

abolengo a nuestro ser, alientos para nuestra esperanza y estímulos para nuestra acción.

Es cierto; la era de lo declamatorio ha concluído; es ésta la hora del odio y de la sangre, la edad del dinero, del egoísmo y del hierro; pero siempre será necesario encomendar a la palabra, que es la expresión de la racionalidad del hombre, a su belleza o siquiera a su sinceridad, como en el caso, que nos exprese los sentimientos que nos alientan, las ideas que nos inspiran y los programas que nos trazamos.

Por eso precisa en estas fiestas, en las que no es posible ni debido realizar trabajos académicos ni de estudio, despertar entusiasmos y hablar al sentimiento, despertar la idealidad, idealidad hoy representada por un afán de unión entre pueblos que nacieron al impulso de acciones que cambiaron el curso de los siglos, que fueron de aquellas que abren eras de historia y conmueven, sin duda, al mismo Dios, que por ellas ve al que creó a su imagen y semejanza, digno por su genio de esa semejanza y de esa imagen.

Sí, la raza como carácter distintivo de los grupos humanos existe, y como dijo el Sr. Andrade, ella delimita el concepto máximo de nación. Y si todos los pueblos deben sentir esa verdad, ningún pueblo ni raza alguna más que la ibera; esa raza ibera que ha sido la más pródiga, la que ha formado la familia mayor de pueblos en el mundo; esa raza ibera que conserva sus caracteres, aquí fuertes, resistentes, duros, velados a las veces por escepticismos que no destruyen su amplia capacidad evolutiva; allá, en nuestra América, sutiles, con sus ansias de libertad estallando en exaltaciones de ella, que son sus anarquías, modificados aquellos caracteres por el cielo clemente, las tierras ricas, los bosques misteriosos, las cumbres altísimas y flotando siempre la melancolía indígena; pero a través de la distancia y los tiempos siempre parecidos, y aun cuando diferenciadas nuestras idiosincrasias, siempre

con tales puntos de unión que con legítimo derecho debemos llamarnos de la misma familia y de la propia cepa.

¡Raza iberá, grande y fuerte, que dió sangre donde quiera que el valor humano fué requerido; que iluminó con genio donde quiera que el talento humano fué estimado; que llevó a la crueldad misma de la aventura la piedad de la cruz redentora que clavó en las cimas de nuestras cumbres! ¡Raza nuestra! ¡Menguados los hijos tuyos que desnaturalizándose creen mejorar, y loado sea el día en que solidarizados en nuestros grandes destinos, encuentres en América el campo destinado acaso desde el origen de los tiempos para que una nueva forma de acción social redima al hombre de tantas miserias y pueda al fin su espíritu ser tan alto como sus montañas, tan limpio como su cielo y tan pródigo como sus tierras!

Aquí, en el origen y arranque de esta raza, con el derecho de sentirme un hermano dentro de la «Magna Iberia», que forman nuestros caracteres comunes y nuestros antecedentes, permitidme, señores, que con la sinceridad, calor y olvido de fórmulas vanas, propios de mi temperamento americano, oficie ante el sentimiento racial que hace vibrar al más grande grupo de pueblos afines, único que hoy puede entre sí saludarse fraterno, único que puede entender en este momento la eterna enseñanza y la fórmula eterna de felicidad humana que resonó en el Sermón de la Montaña y que hace veinte siglos lee la humanidad sin entender: «Amaos los unos a los otros».

Son tópicos vulgares que ninguna demostración requieren los de que lo más grande ha sido siempre lo más ultrájado y lo más tardío en ser reconocido, El tiempo, ese amigo íntimo de la verdad, esa lima que rompe el hierro de todas las calumnias, ha revelado dos verdades que ya se van imponiendo: sea una, que la colonización española fué una de las obras más estupendas del ingenio humano; sea la otra, que no hay asunto de los siglos xvii al xix sobre el que con mayor éxito se hayan acumulado ma-

yores calumnias. España, ultrajada por todos, y no por cierto en última fila por sus hijos y los hijos de sus hijos, puede con sus fecundas entrañas deshechas, con sus pechos ubérrimos secos a fuerza de dar vida y regalar civilización, volverse airada a los historiadores de todos los pueblos y las lenguas y, parodiando la gallarda frase del noble defensor de Luís XIV, decirles con razón: «Debísteis ser mis jueces y sólo habeis sido mis verdugos.» Así como para que el cristianismo fuera entendido fué preciso que saciadas las fieras de los circos romanos salieran de sus catacumbas aquellas asombrosas primeras generaciones de cristianos, para que se vaya entendiendo la obra de la colonización española, tan grande, tan admirable en el orden material como en el moral lo fuera la doctrina del filósofo de Judea, ha precisado que saciadas las fieras de nuestras dolorosas anarquías vaya América siendo para el mundo una tangible realidad de grandeza y vaya así la verdad de la gloria española, en nada mejor revelada que en esa estupenda colonización, triunfando a través de los tiempos y de las gentes.

Todo, todo cuanto de malo tenemos en América se achaca a la acción española y sólo a ella, y apenas si por excepción, al vivir la civilización europea, al consolarnos en la moral cristiana, al hablar una lengua incomparable, al sentir las ventajas de nuestro igualitarismo arraigado, al vibrar en un elevado y fuerte temperamento idealista que pone luz sobre la tristeza de nuestra original idiosincrasia, nos acordamos de que a España debemos todo eso, y, ¡a qué costa para ella!

Y es que la filiación, fundada inflexiblemente en la ingratitud y en el egoísmo filial, es intransigente para el error paterno y juzga en cambio naturales los sacrificios que impone. Nadie en lo social sufrió esa ley como España. S' agravarla ha sido obra de la lucha y la envidia en siglos pasados por parte de extraños; si pagar tributo a tan triste debilidad ha sido lógico de parte de América en

momentos de pasión y en reacciones naturales contra crueldades de accidente, en verdad hoy para un americano, en el seno de la patria española y ante su Jefe augusto, sería indignidad, sería mengua, sería propio desdoro, no laborar por la reivindicación del saldo enorme que toca en nuestra gratitud a la obra de España.

Por eso tengo para mí y así lo practico, que todo americano consciente en cada ocasión propicia debe procurar no adular sino hacer justicia; no venir a decir en España que ella debe ser la directora de nuestros destinos, ni que somos iguales, ni que aceptemos hegemonía alguna, pero sí que entendemos y estimamos en América el pro y el contra del esfuerzo español y que el agradecimiento es el resultado definitivo de nuestra convicción y es imposición de nuestra conciencia.

Hay que afirmar ante todo al estudiar la conquista española, que en América encontró España dos civilizaciones relativas, una de gran resistencia militar y otra de singulares caracteres civiles: me refiero a la azteca y a la inca. De ese hecho sólo los cargos se han derivado para los conquistadores, justificados por cuanto que las destruyeron hasta en sus vestigios; pero nadie se ha cuidado de entrar en otro género de reflexiones. Los países que poseen una civilización del grado que sea, se defienden mejor que los bárbaros, y a mayor defensa es mayor el ataque; así la crueldad de Cortés domando un fuerte imperio militar tuvo que ser más aparatosa que la de los puritanos ingleses y colonos holandeses cazando tribus nómadas y bárbaros Pieleros rojas en extensas selvas. Se olvida también que es ley histórica fatal que al chocar dos civilizaciones la superior absorbe a la inferior, hasta cuando militarmente vence la inferior, como pasó en el caso de Roma y Grecia. ¿Por qué se quiere que este axioma hiciera excepción cuando España nos conquistó? Legítimo es lamentar que entre los primeros grupos de audaces aventureros no haya habido hombres de cultura y piedad superiores,

como los que después honraron allá a la conquista con Margil, Motolinea, Gante, Las Casas y tantos otros, que hubieran salvado tantas cosas útiles para el acervo del saber humano y hubieran ahorrado tanto dolor; pero si los hispano-americanos estamos conformes con disfrutar de una civilización europea, tenemos que aceptar lo acaecido como ley invariable y natural del fenómeno social llamado conquista.

Sin renegar jamás, por lo tanto, de nuestra sangre mezclada, sin dejar de lamentar las violencias contra cosas y personas, es preciso ver como lógica la destrucción de nuestra relativa civilización autóctona y comprender que esa destrucción fué precio para adquirir la que disfrutamos.

Así tenemos que pensar cuantos sentimos nuestro doble abolengo y creemos que el típico hispano-americano actual es totalmente distinto del europeo y necesita serlo, pero más aún lo es del primitivo indígena; hombre nuevo es en un medio nuevo, y como tal lo primero que debe dejar para ir hacia el porvenir fuerte y seguro, es el estéril bagaje del rencor, pensando sólo en lo que debe al pueblo que al mezclarse con el indio lo engendró, y así, con un inmenso amor para lo suyo, tener una máxima tolerancia para culpas ajenas, que es el último que debe juzgar, aun cuando no sea en el caso, sino porque cultura, moral y lengua con que a España tiene que juzgar, las debe a España.

Por lo demás, España no requiere el escudo de ningún sentimentalismo para entregar su obra máxima a la crítica, que victoriosamente resiste. Esa obra, no mi palabra, parcial acaso y siempre desautorizada, sino la de aquellos que fueron ayer censores despiadados y que tienen autoridad conquistada, va reconociéndola como superior en mucho a la de sus propios antepasados.

Ha dicho con justicia el Sr. Andrade, cuyo concepto amplío, que ha habido a través de la sangrienta historia

de las conquistas dos sistemas, dos ideales diversos: el anglo-sajón, que trasplanta totalmente raza y civilización buscando sólo un medio nuevo, y el español, o para ser más justo el ibero, que engendra raza mezclada y adapta civilización. El primero tiene que ser, es claro, mucho más cruel; pero una vez su crueldad inicial consumada, es seguro su éxito y llano su camino. Cuando se piensa y se practica que «el mejor indio es el indio muerto», no queda otra dificultad que adaptar al nuevo medio natural una raza totalmente hecha y cultivada, problema que si la naturaleza es mejor que la original, resulta éxito descontado.

El otro método deja ver más su crueldad, porque deja vivo al factor dominado, le enseña su lengua, lo deja pensar y escribir, lo une a sí, con violencia inicialmente, lo exhibe, en fin, deforme como toda iniciación, débil como toda infancia, mutilado como toda componenda.

Yo no sé si a la postre las ciencias sociales demostrarán que fué un error de España crear razas mestizas, pero sí sé que los mestizos tendremos siempre que agradecerse; yo no sé si de estos duros tiempos nazca una moral que enseñe que cuando los civilizados se encuentran con salvajes deben por principio exterminarlos en vez de mezclarse con ellos; sólo sí sé que si mi sangre española se enorgullece del estupendo valor que dominó al fuerte Anáhuac, mi sangre india me hace postrarme ante la piedad que evitó el exterminio de los indígenas; y la moral que mi madre aprendió de labios españoles me enseña que es mejor ante ella salvar al débil y elevarlo que destruirlo en nombre de la mayor aptitud. España en esto, como en tantas cosas en su castigada vida, posible es que no haya hecho lo mejor; pero realizó lo más noble, lo más bien intencionado, lo más puro.

Pero hay algo más que el Sr. Andrade iniciara y que los hispano-americanos sentimos íntimamente; hay algo estupendo, bastante a conceder plena absolución por to-

das las culpas incurridas. España, que ha sido el país más igualitario, aunque de común lo olviden los tratadistas, llevó ese sentimiento hasta por encima de las repugnancias fisiológicas, y uniéndose en todos sentidos a la raza conquistada, creó un tipo nuevo, absolutamente nuevo, y a pesar de las diferencias que estableció para fines jurídicos—algunas de ellas exageradas y nocivas—hizo que en las sociedades mestizas desapareciera el factor *origen racial* para estimar el valor de los hombres; verificó el milagro de no excluir de la vida social a los dominados (aun cuando sí de muchos privilegios y honores), y así fué como los mestizos llegaron a gobernar bajo el mismo régimen colonial con sangre de Moctezuma y a ilustrar el martirologio como un San Felipe. Así se abrió paso sobre todo, como dice nuestro Montalvo, a que en las colonias de ayer «se tienda una mano llena de luz al indio y cuando se le encuentra organizado como un Juárez se le sienta bajo el solio», y se le declara, podemos agregar, el más grande de los mexicanos y el americano que con Bolívar, que es el simbolismo de la fraternidad, representa a nuestra América cuando defiende su inquebrantable autonomía.

Este sentimiento igualitario, este éxito en la creación de nuestro tipo y de aquella conciencia sin prejuicios de origen, es algo único, sólo Iberia lo hizo, ni siquiera lo conciben otros pueblos conquistadores y sus descendientes, que, fáciles para aceptar la poco escrupulosa amalgama de la inmigración, no pueden nunca quitarse el prejuicio ancestral de rechazar en todos sentidos a las razas que sus padres declararon inferiores.

Yo no quiero decir, entiéndase bien, que en su obra política no haya España establecido grandes superioridades para los conquistadores y europeos ultramarinos, ya que el sistema de castas fué uno de sus grandes errores: hablo del hecho psicológico consumado, de la estimación para la raza meztiza que en América española se

traduce hasta por orgullo en sentirnos tipos nuevos y no imitaciones europeas en los americanos no heridos de *snobismos* y en señalar nuestro origen mezclado con plena y satisfactoria franqueza. La igualdad del indio, su elevación, es programa de progreso en todos los países que los cuentan, y su olvido es origen de desastres como el mexicano.

De parte de España fué tan consciente esa obra, que para atestiguarlo bastarían las tendencias de la Recopilación de Indias, y los sentimientos de Isabel la Católica traducidos en su bello testamento y bien marcados en la política castiza inicial que se siguió, que si se olvidó en esto como en todo, no es punto del que pueda ocuparme.

No puedo extenderme sobre asunto de interés tamaño; pero como americano y al tratar del saldo que debemos a España, no podía olvidarlo: hago así obra de justicia, no adulación; y concluyo que de nuestro pasado no puede nacer barrera que nos aparte y sí, al contrario, afinidades y gratitudes que más y más han de empujarnos a aprovechar a través de nuestros diferenciados caracteres nuestras innegables semejanzas.

Salvada en el pasado la sombra de agravios, que fueron por ambas partes sí duros, naturales, y tratando ya de la existencia autónoma de nuestra América, podemos afirmar que desde nuestras guerras de independencia, fenómenos naturales, discordias civiles, hijas en mucho de la imitación del heroico esfuerzo español de aquellos días, hasta los presentes, la influencia del pueblo original es constante en nuestra vida,

Y así, cuando España ha vuelto a reconquistar por el afecto aquel Mundo que fué suyo y será de su raza, ya no con armas y violencia, sino con cuatro millones de laboriosos hijos suyos, obreros ejemplares de su mejor porvenir, adalides tan audaces aun cuando más humildes

que los de la edad de la aventura, ha encontrado siempre, dura y cruel como en todas partes, pero amplia y eficaz arena para la lucha por la vida. Y cuando ha sabido tentar nuestro corazón, sentir nuestros dolores, reconocer nuestro derecho, sentir nuestras alegrías, ¡ah, entonces, qué eco ha encontrado!

Sea en días de prueba como cuando Prim envainó la espada frente a la hija primogénita que audaz se erguía sobre su inquebrantable derecho, sea posteriormente cuando una castiza descendiente de los que fueron Reyes nuestros fué con su presencia a sancionar el olvido de nuestras querellas de familia, tomando parte en los júbilos de nuestro Centenario, ¡cómo ha sentido España extenderse nuestros brazos y cómo ha visto repetirse la parábola del hijo pródigo, siempre cumplida, ya que cualesquiera que sean las desviaciones de los pueblos, como las de los hombres, los hijos al sentir la gravedad de la vida y llegar al dintel de la madurez sentimos siempre las añoranzas de la cuna y volvemos siempre a los brazos de las madres!

Claro está que para juzgar con calma de las cosas ha sido preciso que pasen los tiempos; absurdo sería cuando recia tempestad forma sobre la playa terreno de aluvión querer entre aguas turbias analizar la formación de esos terrenos; preciso es que pasen las horas de tempestad y vengan los días serenos. Por eso ha sido preciso que pase cerca de un siglo para que totalmente triunfe España en el corazón y en la mentalidad americanos; pero ha triunfado ya: el terreno espiritual no hay para qué abonarlo más, sobran todos los lirismos, no hace falta convencer a nadie: estamos en la hora inaplazable de la acción y de los hechos.

Ejemplos de esa influencia en nuestra vida los tenemos abundantes. Como lo llevo dicho, desde el momento mismo de nuestra liberación fué el pueblo español el que con su ejemplo nos emuló para ser fuertes y el que con su

actitud excitó la nuestra. Nuestros mayores, al alzarse en un inevitable movimiento a poco de que España diera a la gloria las hazañas del 2 de Mayo, de Bailén, de Gerona y Zaragoza, no se aprovecharon de una debilidad, imitaron una grandeza española.

Y no hay que olvidar que fueron los doceañistas los que nos dieron pauta para constituirnos libres, los que por sus concesiones a las colonias, tardías sin duda, nos despertaron el apetito del derecho, y si no maduros sí iniciados, nos permitieron llegar al dintel de nuestros propios destinos.

Castellanos fueron nuestros sentimientos igualitarios: merced a ellos América no copió a los pueblos feudales europeos ni a las despóticas monarquías asiáticas; y ese sentimiento, al regir sobre un medio como el nuestro, produjo el tipo original y nuevo de nuestro Mundo. Españolas han sido las virtudes que, anhelantes, a la igualdad nos llevaron; españoles los vicios que en el campo de la realidad nos han hecho oscilar entre la dictadura y la anarquía, oscilación que en gran parte de América ha encontrado su nivel y que ha de encontrarlo en toda cuando el ciclo inevitable de toda vida social quede cumplido.

Si España nos dió ideales políticos y culturas, también de España viene el gusto guerrero del descendiente suyo americano, que se sumó en el mestizo al heredado de sus antecesores aborígenes. Nuestro típico guerrillero es español; allí hemos tenido y tenemos el caudillo bandido con rasgos generosos y heroicos a la vera de sus crueldades: héroe o bandolero según la causa a la que sirve, pero siempre bravo.

Por eso nos extraña tanto a los americanos encontrar asombro en Europa cuando países como los nuestros, que no tienen un siglo de vida propia ni cuatro de iniciados en la civilización europea, producen todavía ejemplares tales, cuando viven quienes los conocieron en las montañas del Norte español y en las sierras andaluzas. La sangre y el

agua conservan siempre el sabor de los terrenos que atraviesan, e hijos como somos del cruce de tanto enmarañado antecedente, excitados por soles ardientes, invitados a la aventura por el desierto tentador, hechos a la audacia por la naturaleza fuerte y fecunda, sometidos por violencia y por la violencia libertados, no pudimos ser mejores que somos.

Europa para juzgarnos debía verse un poco hacia adentro, preguntarse cómo fué ella en sus verdes años, cuál era su estado social, no al siglo ni a los cuatro de pretenderse dueña de la civilización, sino en épocas mucho más cercanas. Y no hablemos de los tiempos que corren, porque América con todas sus culpas, con todas sus inquietudes, con todas sus violencias, nunca ha oficiado como oficia hoy ante Molok todo lo que de más representativo y fuerte tiene la cultura humana.

Nuestra genuina política inicial, la de Bolívar, la que se abandonó desgraciadamente en aras de necias imitaciones, fué, aun cuando parezca paradaja, de cepa española.

En efecto, lo esencial del ser jurídico de las colonias radicaba en la vida intensa del municipio, ese panal en el que se elabora la más rica miel de los derechos cívicos, en un centralismo efectivo y poderoso dentro de cada colonia y en una relación eficaz intercolonial.

Desconocida en mucho la autonomía municipal, ello ha sido parte al débil desarrollo de nuestra capacidad ciudadana; destruída la fuerte unidad de cada Estado libre, la realidad ha destruído también en muchas partes los ensueños federales—que yo estimo en muchos casos salvadores—y planteada como magna fórmula de Bolívar la unión hispanoamericana, es sólo allí, en una confederación respetuosa de cada soberanía, en donde está el pedestal digno y posible de nuestra grandeza, de una grandeza que todo, menos nuestra ineptia, preparó para aquella América, que nació con el pecado original de haber des-

preciado ese ideal del más grande de sus hijos; pero que está llamada a ser, indefectiblemente, el seno de las grandezas del futuro, porque el futuro pertenece siempre a la juventud y a la juventud del mundo se llama América.

A quienes observan las cosas por sus simples apariencias, debe extrañar que yo me atreva a aparejar el nombre de Bolívar a los sentimientos hispanos; y, sin embargo, sostengo que el alma de la gran concepción boliviana proviene del fondo mismo de la naturaleza española de nuestros pueblos y del espíritu iberoindígena de aquel genio representativo nuestro: Bolívar fué el más rudo adversario de la dominación española, no de España; pero él, que con razón en sus días tenía siempre presente el peligro de la reconquista y en general de la agresión europea, es el símbolo de nuestra raza, es decir, del ideal mestizo hispanoamericano; por él luchó, por él fué sacrificado al celo vil de los pequeños, y sólo con su gran corazón palpitando a impulsos de la corriente de su sangre iberoamericana, pudo sentir la necesidad federativa de nuestro Mundo.

En efecto, la unidad de los pueblos nuestros es, por esencia, española, las diversas razas aborígenes no la tenían entre sí, ni en lo fisiológico, ni en lo moral, ni en la lengua, ni en la religión, ni en nada de lo étnico que une a los pueblos, ya que para la unidad no bastan los caracteres únicos de un medio físico. Sólo el mestizaje de sangre española y la vida dentro de un medio semejante, tenemos de común en América; de ahí nuestra afinidad y sobre esa base modeló su genial concepción el genio americano de nuestra independencia cuando, vidente, nos trazó un programa que hoy es tan viable y feliz como entonces.

Los americanos nunca soñamos en ser indios, tampoco queremos ser europeos ni españoles, somos americanos, ni peores ni mejores que otros tipos de humanidad, pero sí diferentes; mas ese carácter propio que reclamamos empeñosamente, lo produjo como factor principal España,

nuestro común denominador activo es la sangre española.

Por eso repito que es de origen español y racial el ideal de nuestra unión; por eso he podido unir el nombre de España y he podido hablar de nuestra gratitud a ella al hablar del simbólico hijo de Caracas y de sus sueños salvadores.

Y si hablo de influencias españolas en nuestro ser, no puedo, si soy sincero, dejar callado algo sobre lo que se llama nuestro antiespañolismo.

A tal efecto quiero repetir algo que muchas veces he explicado con motivo de la suerte de muchos españoles en la convulsión que sufre mi patria: México. El español no importa a aquellas tierras, en general, ni capital ni cultura superior, importa sólo sangre, trabajo, voluntad; no llega a ser entidad dentro de una patria, sino a fundirse en ella como anónimo soldado; allí, lengua, costumbres, familia, todo lo encuentra más o menos igual a lo propio, de aquí que sus tentaciones para mezclarse totalmente sean grandes y se mezcla en las dos cosas más propias que tiene cada pueblo: la familia y la política. Disfruta con ello de singulares privilegios, las pasiones que más se adueñan del espíritu del hombre las vive como un nacional; pero cuando el cataclismo aniquila, no es el español el extranjero con extraterritorialidad que al sentir convulsa a la sociedad trasplanta su tienda de campaña, que plantó sin arraigar, sólo para una *Business party*, sino el naturalizado que fincó solar, que tuvo hijos, americanos como ningunos desde la primera generación, que hubo de aliarse a uno u otro bando, que fincó para siempre su capital, y por eso precisamente, por su unificación con el medio, por lo mucho que éste lo acepta y lo vincula, es por lo que sufre más que otro extranjero cualquiera.

No quiero negar con esto que el despego para lo español haya sido moda que, en la intelectual sobre todo, privara hasta el último tercio del siglo pasado; pero eso fué

natural fenómeno de reacción, fruto de explicables tentaciones y, para decirlo de una vez y pidiendo que vuestra genial galantería me lo perdone, en eso también hemos imitado vuestro modo de ser; vosotros nos enseñásteis, sí, a ser antiespañoles, porque sólo en nuestra raza se ve que ayudemos y hagamos coro a los extraños que nos menguan; es esto una forma especial de manía suicida que forma parte de nuestra idiosincrasia, raro en una raza heroica para defender su honor en el trance extremo y que hay que esperar que vaya desapareciendo para que, sobre todo ante extranjeros, tenga por apotegma aquel de vuestro Cánovas: «Con la patria y con la madre siempre, contra todo y contra todos, con razón y sin razón.»

Mas la moda referida ha pasado en América, que es la vida constante red de caminos de Damasco; cada día somos más castizos y el mismo instinto de conservación, agudizado por los crueles instantes actuales, nos hará vivir cada día más en lo propio, y lo propio nuestro tiende, naturalmente, a acercarnos a lo español en lo que de común tenemos.

En América, por otra parte, por ley de madurez van aplacándose inquietudes y limándose aristas: Bolívar muerto va recobrando la influencia incontrastable que le corresponde y que sólo la estupidez o la envidia le negaron vivo. Panamá roto—con gran beneficio para el mundo—tal parece que nos recordó que éramos un solo continente y lo grave de la hora trágica que vivimos afirma nuestro instinto conservador que tiene para nosotros una traducción única: vivir fortalecidos por nuestras afinidades, dentro de nosotros mismos como en nuestras relaciones con el resto del mundo.

El alma de América española está modelada; frente a su claro ser no hay peligros definitivos que no puedan vencerse, admiraciones y ventajas de momento pueden hacer aparecer hegemonías extrañas; pero por mucho que algunas de nuestras naciones se distraigan, no creamos que

puedan apartarse de ese ser. No, digamos con nuestro Rodó, hace poco elevado por la gran consagradora al Olimpo de los inmortales, creamos con él que esa alma americana consiste en «mantener la dualidad original de la constitución de América que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo para que lleguen a un mismo tiempo al límite de su dominio... Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días como la fórmula de un porvenir lejano, ella no se debería a la imitación unilateral de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al afinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos». Sí, tiene razón el más grande de los pensadores nuestros, América española tiene un camino y un oriente: marchar sobre sí misma, ser española por su origen y su raza, americana por su tradición y su vida; consumir, en fin, el castizo intento de aquel típico americano, de aquel Bolívar que, según el mismo Rodó, fué el genio de Dios soplando sobre el barro americano.

A través de las contingencias y los olvidos, van uniéndose por parcialidades siquiera y para ciertos fines los países iberoamericanos; pero al tratarse en la forma en que esa unión ha de cuajar, surgen dos corrientes: el panamericanismo y el paniberismo. Se basa aquél sobre la fatalidad geográfica y la hoy desvirtuada doctrina Monroe, lo empuja la preponderancia de una raza, lo atrae el oportunismo de la ventaja económica; el paniberismo se vela en el pasado, amparándose en el ideal de la raza y en la más real unificación de nuestros pueblos.

Los que nunca hemos predicado bárbaros odios ni imposibles apartamientos, los que no hemos esperado la propia grandeza nacional del aniquilamiento extraño, deseamos tomar de esos pueblos diversos de los nuestros su ejemplo en lo imitable, no sus caracteres, y creemos que

el paniberismo es la única bandera que reuniéndonos alrededor de nuestra cuna, no solo nos habla en nombre del pasado, sino que nos garantiza el porvenir y nos prepara mejor para coexistir en íntima y respetuosa armonía con la raza que con la nuestra comparte el dominio del Nuevo Mundo, pero igualados en fuerza y asegurados así mutuos respetos.

Uno de los abanderados del pensamiento americano, García Calderón, ha dicho bien: «El panamericanismo tiene una significación territorial; sírvele de base la causalidad geográfica y los provechos comerciales. El paniberismo es una tendencia de raza. Restaura antiguos vínculos oxidados por el tiempo.»

Aparte de los falsos obstáculos, de pasado, que contra nuestra unidad posible se levantan, los hay de muchos géneros aquí y en América; pero faltándome tiempo para enumerarlos siquiera, permitidme que señale alguno de los que existen aquí contra el movimiento americanista: no nos conoce bien España; en primer lugar, hay españoles que se resisten a aceptar el hecho real de que dentro de nuestras afinidades indudables estemos profunda, radicalmente diferenciados, queriéndonos juzgar como malas imitaciones del tipo europeo, cuando tenemos que serlo genuinos. Luego, no acepta con los merecimientos que tiene a quien mejor podría instruirla sobre nosotros: al español de allá, toma de común al «indiano» como personaje de zarzuela y no da a su esfuerzo el enorme valor que tiene manteniendo la substancia racial más y mejor que nadie y a pesar de indudables olvidos y abandonos.

Mal se hace en ver con desdén ese horizonte; el mismo García Calderón dice con justicia: «El paniberismo significa para los americanos, tradición, y para los españoles, progreso; limitado a las relaciones morales corrige el espíritu revolucionario de ultramar e impide la lenta petrificación de la península, la moderniza, con esa juventud que la maternidad recibe de los hijos.»

Yo sé, por lo demás, que la conveniencia de nuestra aproximación es verdad aceptada aquí y allá con excepciones contadas; sé que multitud de pensadores y centros han propuesto procedimientos, y necio como inoportuno sería por mi parte repetir cansados tópicos en una ocasión en que sólo se trata de despertar entusiasmos y asegurar sentimientos, así incurramos una vez más en el disgusto de los eternos negadores.

Sólo he de referirme, pues, a algo urgente, esencial, que es primordial deber señalar: la oportunidad de este momento. En estos instantes en que todo está para rectificarse sobre la tierra, en que por caminos de sangre y dolor marcha la humanidad sin duda hacia la efectividad de la fórmula de paz por la justicia, porque si así no fuera mereceríamos que la Historia dijera que la cultura de la que blasonaron los tiempos modernos la formaban sólo bambalinas más o menos decorativas que cubrían las cavernas en donde saciamos bestiales instintos; en estos instantes en que se lucha por la formación de una nueva era, cuando todos los moldes están forjándose y hierven todos los metales para cuajar formas nuevas; cuando como en la aurora del Renacimiento esperamos nuevas civilizaciones, nuevos pueblos, nuevos ideales, hay un acicate poderoso para todo lo que sea acción, que, aun cuando parezca paradójico, se aprovecha como excepción dilatoria por nuestra temperamental indolencia; y la triste frase de «después de la guerra» es el bostezo de esa indolencia que contrasta con el grito de ansiedad y fuerza que dice «ahora mismo».

Y no se considera que en aquel plazo será imposible realizar con el mayor esfuerzo empresas hoy relativamente fáciles; se toma como fuerza nuestra lo que es imposibilidad de acción de los competidores. Es inocente, es ingenuo, es absurdo creer que pueblos que han roto con cuanto más amaron, que han destruído en aras de la lucha sus seculares organizaciones, que han olvidado los

respetos de su cultura y hasta las leyes de moral muchas veces, porque luchan por su vida, por sus intereses, por sus ambiciones, por su honor, todo con supremo derecho y con el respeto de cuantos amamos a nuestras patrias; crecer, digo, que esos pueblos van a facilitar a los que también con la conciencia de sus necesidades se han apartado de la lucha, los medios para que consoliden engrandecimientos que pueden ser aparentes, o para que entre ellos disfruten de las ventajas que les daría asegurar su propia vida, cuando que nuestros países, no agotados por la guerra, serán las mejores reservas para su reconstitución.

Yo jamás predicaré que cerremos puertas, ni que nos apartemos de nadie, cosa imposible en estos tiempos en que todas las murallas chinas caen a cañonazos; sólo afirmo que mientras que otros combaten, si nuestra raza ni está con ellos ni se une entre sí, no debe esperar de los luchadores ni solidaridad de intereses, ni gratitudes, ni respetos siquiera, que ellos sólo por fortaleza se obtienen en la más egoísta de las corporaciones humanas, que es la de los pueblos entre sí.

En plena lucha, Francia, Inglaterra, Alemania están enviando comisiones, formando organismos, construyendo escuadras, realizando estudios para competir en el mundo americano, y en tanto España aquí y nosotros allá, olvidamos que no sólo hay ventajas inmediatas, sino también mediatas, que hay que trazar veredas a los intereses que después serán caminos, que allá está para España su restauración definitiva, allá en aquel Mundo para abrir cuyas puertas sólo España tiene la llave de oro de su espíritu y la palabra sagrada de su viejo abolengo; es triste perder ocasión tras ocasión, algún día pensaremos que cada día perdido hoy equivale a años en tiempos calados.

«Después de la guerra», quejido de desesperanza que no deben pronunciar labios del pueblo que encendido en

cien luchas europeas tuvo ánimos para forjar al mismo tiempo un continente; mientras que «durante la guerra» es alarde de energía, grito de triunfo que lanzan los hábiles angloamericanos que en todo sustituyen a Europa en América con su más perfecto derecho; saben que su industria es burda al lado de la de Europa, que su comercio nunca podría competir con el europeo en condiciones normales; pero saben también que los intereses creados se defienden por sí mismos, y así encargan al futuro resolver si merecen o no conservar una supremacía que con malos buques, burda industria y comercio relativamente torpe, se han asegurado por su espíritu audaz y resuelto.

La hora esta, es la hora de las preparaciones inaplazables, la de la paz será sólo la de las consumaciones de lo preparado: *o realizar hoy lo posible o renunciar como unidad racial a todo para siempre, ese es el fatal destino de nuestro Mundo ibero*; si no sabemos definir siquiera nuestros comunes intereses ni fijar nuestras ambiciones, seremos atomizados, y raza dispersa es raza batida; y si hoy día en el orden espiritual, como en los tiempos del Rey Emperador, el sol de nuestra conciencia racial no se pone en nuestros comunes dominios; si somos olvidadizos sí que se pondrá, y para algunos de nuestros pueblos quién sabe si entre sangre y vergüenza se consume un eclipse total y para siempre.

Y permitidme, a riesgo de indiscreción pero con fe absoluta de que cumplo un deber, hablar al margen de lo económico, de otro campo de acción oportuna.

La guerra se acerca necesariamente por senderos de dolor a su término, y con admiración para cuantos se sacrifican al pie de sus banderas, deseemos que ese día esté cercano; asimismo resulta indudable, más a medida que más invade a América la beligerancia, que esa América y sus destinos será de los temas más o menos francamente propuestos a la hora de la liquidación. Hay en América la

posibilidad indudable de un conflicto, y si es verdad que esta guerra será para que impere el equilibrio entre los fuertes y los débiles, para que la paz sea fruto de la justicia, es preciso ver por la realización allá de la fórmula que usara el gran orador norteamericano William Bryan refiriéndose a México y que podemos ampliar a toda nuestra América: «La naturaleza nos formó vecinos, sólo la justicia puede conservarnos amigos»; así lo exigen el honor y el bien entendido interés de las dos razas que poblamos aquel Mundo.

Y en la resolución de tan magna y necesaria previsión de defensa humana, yo no sé de nadie que pueda mezclarse desde Europa con mejores y más altos títulos que España; no sé de ninguna nación que tenga tal derecho de unirse a la raza que es suya; y yo estoy cierto de que para ello le sobra interés, amor y capacidad a España en pro de reivindicaciones que no son de odio ni de agresión, sino de grandeza y seguridad para todos.

No hay derecho a dudarle frente a un trono que es hoy roca y faro de piedad entre el mar de sangre y pasiones que en vano pretende ahogar su altísima misión fraternal, y en el seno de un pueblo en el que desde ese trono hasta el último ciudadano, se conserva esa fuerza, esa audacia, esa potencia de renacimiento y de alarde heroico que vibra en todo el ser español, y que ha hecho que España, con el polvo de todas sus ruinas y la sangre de todas sus heridas, haya siempre sabido modelar las culturas de sus nuevas grandezas.

Permítaseme, pues, al margen de esta grave cuestión, permitan los hombres que dirigen a España hacia una nueva era; permítalo ante todo su Jefe, que con tanta paciencia ha querido escucharme, como a extranjero por insignificante inofensivo si imprudente, que exprese como un término de la vida internacional de España digno de ella en la ocasión heroica presente, que señale ese ideal

de que España deje de ver como extraña a su propia vida la suerte de América, que su política vuelva allá la vista, que vea que aquella vida es parte integrante, continuación de la suya, que olvide incidentes dolorosos en los que por razones que no debo mencionar no sintió la solidaridad que esperaba, que sus estadistas modernos tomen de la Historia lo único que de la Historia sirve a los pueblos para obrar en cada momento, lo que aun da frutos, no las ramas secas del agravio, siempre infecundas y espinosas siempre.

Para todo esto es preciso, no me atrevería yo a decirlo y tomo para expresarme la frase de vuestro joven pensador Ortega Gasset, que de allá vuelve: «Es necesario forjar una España para América, y la hora es única y fatal.» Y vale la pena de ello, creedme; no es esto vanidad de americano, es fe de convencido, es devoción y afecto por España.

Así, en estas circunstancias, y traducido su ideal y sus empeños a través de mi propio temperamento, llega aquí la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, que hace años alienta activa vida en Cádiz. Sabe ella bien que muchos espíritus escépticos la acogerán como un concurso desde el que se lanzarán suspiros más o menos decorativos frente a un gastado idealismo, o como pedestal para alcanzar la satisfacción de pobres vanidades; pero no será así, y para que no sea tiene ejemplos que seguir de Sociedades que aquí trabajan modesta pero realmente en el común empeño, espera el consejo de tantos que pueden guiarla y no debe preocuparse de los que sólo niegan.

Sabemos que la hora es tardía y desventajosa la competencia; que la guerra, avanzando en América, obliga a aquellos países, en natural y precisa defensa a veces, o por otras circunstancias especiales en ocasiones, a desviarse hacia el sólo panamericanismo que excluye a Es-

pañá, porque no les queda otro asidero, ya que en su hora descuidamos el prepararlo; pero sabe que es tiempo, a pesar de todo, de hacer que el verdadero paniberismo se presente como una fuerza, que salga de los Centros académicos y viva con los intereses y se agite en las calles y las plazas; no el americanismo falso que adula a España hablándole de direcciones, hegemonías o igualdades, que ni ella pretende ni nosotros aceptamos; no el que cuenta que América es Eldorado, pero sí el que enseñe que tampoco es América la bebedora de sangre española; no el que aliente el vesánico delirio de trasladar a España, sino el que predica la verdad de que debemos ser solidarios en ciertos grandes fines que están dentro de la posibilidad de nuestras afinidades y en la defensa de ciertos intereses que nos son comunes.

Cumplir este programa es hacerle un bien a la Humanidad, es prepararle un grupo racial armonioso y ayudar a los mismos beligerantes, mejor mil veces que esperando sólo el favor de los vencedores, ya que la Humanidad gastada encontraría así una fecunda reserva para curarse de sus crueles heridas.

Permitid, pues, señores, que como resumen de lo que llevo dicho y más que deseaba decir, y que en respeto a vuestra fatigada atención, sin método suprimo, yo os diga:

Un día de gloria, día solemne para la Humanidad, gloriosos antepasados vuestros sembraron por la mano de la audacia y el genio sangre española en América; nunca semilla humana dió más fruto ni arraigó más sangre ingertada; hoy conmueve al mundo la crisis más terrible que los tiempos conocieron; todo en la especie humana está para rectificarse: nos encontramos en una de esas horas graves, intensas, en las que hay que recogerse dentro de lo más íntimo en ideales sagrados y fecundos, a fin de encender en nosotros la fe ardiente, que es la única madre de las grandes acciones. España con sus

hermanas de hoy, ayer sus hijas, veinte pueblos, somos los poseedores privilegiados de uno de esos máximos ideales; tenemos en él una de esas fuerzas como las que hicieron las Cruzadas, como las que defuvieron y barrieron la invasión árabe. Permitid que un americano que piensa como todos sus hermanos no descastados, sueñe con que el pueblo descendiente de aquel que nos dió su sangre y su gloria, su destino y su temperamento, sepa y pueda, al modelarse el mundo nuevo, vibrar con nosotros en la más alta y humana de las solidaridades y que, unidos en ella, demos que merecimos lo que un día fuimos, que utilizamos lo que hoy tenemos y que somos conscientes de lo que para el porvenir significa formar una familia tan grande como la nuestra, unida por el nexo fecundo de la estirpe.

Que sea así, y que al volver la desterrada civilización a reinar sobre la tierra, nos encuentre en nuestro lugar, cosmopolitas por la capacidad y la cultura, por la fraternidad y la tolerancia, pero castizos siempre, recordando que para los pueblos, como para los hombres, es consigna de Dios la recibida al nacer bajo una bandera o dentro de una raza, y que son desertores de puesto de honor quienes por sentirla pobre, mal armada, débil o infeliz, indiferentes o cobardes la abandonan a la hora del dolor y de la prueba.

(Grandes aplausos).

Termina la sesión con el siguiente breve discurso del Sr. Rodés, Ministro de Instrucción Pública, que habló en nombre del Rey y del Gobierno.

SEÑORES ACADÉMICOS :

La presencia de S. M. el Rey en este acto, y la del Gobierno, aunque esté representado por el más modesto de sus Ministros, demostrará a la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes que nuestro Augusto So-



MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, SR. RODÉS, ACADÉMICO
○ ○ ○ ○ ○ PROTECTOR ○ ○ ○ ○ ○

berano y el Gobierno estiman como un problema verdaderamente nacional fomentar las relaciones de España y la América latina.

En nombre del Gobierno, al recoger la elocuentísima invocación del Dr. Reyes, he de manifestar que es nuestro propósito firme y decidido intensificar la política de relaciones entre España y la América del Sur en un doble aspecto, teniendo siempre en cuenta los dos factores que el problema encierra: el ideal, representado por las Instituciones culturales que tienen por misión desarrollar las relaciones artísticas, literarias y científicas con América; y el económico, porque en la fusión de estos dos factores está la única manera de evitar aquel peligro, que insinuó Rodó, a los pueblos de la América del Sur, consistente en los excesos de un positivismo que amenazaba cegar las corrientes más puras del ideal.

Y como es hora de realidades, el Gobierno está dispuesto, en día no lejano, para fomentar aquellas relaciones espirituales, a establecer en Madrid, a la sombra del sagrario de nuestro patrimonio artístico, de una riqueza incalculable, entre Toledo, que resume toda la grandeza de nuestra civilización histórica, y el Escorial, que encarna la voluntad de nuestra raza, un centro de cultura artística, que sea para América latina una Escuela eterna de belleza, con obras de nuestros grandes pintores Murillo, Velázquez y Goya, para no citar más que los nombres inmortales.

En cuanto a la cultura literaria, el Gobierno está dispuesto a facilitar a sus hermanos de América el conocimiento de toda la riqueza histórica encerrada en nuestro Archivo de Indias, en la seguridad de que el conocimiento de nuestra historia común, ha de fortalecer los vínculos de unión y cariño entre los hermanos de una misma raza.

Pero también se propone el Gobierno tener en cuenta el aspecto económico del problema, por ser una cuestión sustancial, en estos momentos en que se presenta para

España la ocasión de reconquistar lo que hemos perdido en algunos momentos de eclipse de nuestras relaciones con la América.

Es propósito del Gobierno dar el debido realce y prestigio a la diplomacia oficial, que representa a España en las Repúblicas Sudamericanas, pero sin olvidar aquella otra diplomacia privada y voluntaria, servida por los cuatro millones de españoles que reproduciendo el gesto de sus antepasados, que descubrieron el Nuevo Mundo, para la humanidad, está hoy arrancando, de la soledad del desierto, otro mundo para esas mismas Repúblicas sudamericanas.

El Gobierno se propone coordinar y recoger el esfuerzo de todos esos compatriotas, que tienen un valor social y real en la vida de la América hispana, y que pueden prestar un inmenso servicio a su Patria, con tal de que se les gufe y se les atienda.

Quizá la orientación definitiva de la política a seguir en el problema de las relaciones de España con las Repúblicas Sudamericanas, podría ser influida por las consecuencias de la guerra mundial, según prevalezca, o no, la política de los grandes consorcios mundiales; pero sean cuales fueren las orientaciones que en definitiva se impongan al mundo, América será siempre para España su zona natural de expansión y el camino más seguro de cuantos nos marca nuestro destino.

En resumen: el Gobierno está decidido a trabajar en esta cuestión de las relaciones con América, teniendo en cuenta que es un problema que reclama orientación y sistema, y que exige una labor de todos los días y de todas las horas, porque encierra un porvenir de grandeza futura, y es un común denominador de todos los ideales políticos.

Y como ese ideal encarna en el sentimiento de todo el pueblo español, y S. M. el Rey, traduciendo los sentimientos nacionales es el primer inspirador de esa política

de fomento de relaciones con la América latina, tened la seguridad de que todas vuestras iniciativas tendrán por parte del Gobierno la acogida que merece toda obra verdaderamente nacional.

Y termino declarando en nombre de S. M. el Rey y en nombre del Gobierno, constituída oficialmente esta *Sección* de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes.

* * *

Las palabras del Ministro, pronunciadas ante el Rey y ante tan selecta concurrencia, constituyen el triunfo principal de todos cuantos hemos contribuido a dar vida y a sostener los prestigios de la Academia.

Al abandonar el Soberano el salón de la Academia, estalló estruendosa salva de aplausos con vivas al Rey y a la intimidad hispanoamericana.



el f... de la...
 de la...
 de la...
 de la...

de la...
 de la...
 de la...
 de la...

A

ESTATUTOS

CAPÍTULO I

Objeto de la Academia

ARTÍCULO 1.º El objeto de esta Academia es cultivar las relaciones artísticas, literarias y científicas, entre España y América.

.

CAPÍTULO XIII

Fines de la Academia

ART. 22. Siendo el objeto de la Academia, como se manifiesta en el Capítulo I, desarrollar los vínculos científicos y artísticos entre España y América, se procurará celebrar con la mayor frecuencia actos públicos y solemnes, en donde se darán a conocer cuantos trabajos de mérito tiendan a enriquecer las Artes, Ciencias y Letras hispano-americanas.

.

ACLARACIONES E INTERPRETACIÓN DE ALGUNOS ARTÍCULOS DE LOS ESTATUTOS

ART. 4.º Las Secciones de la Real Academia, fundadas en la actualidad, o que en lo sucesivo se funden, se compondrán de QUINCE señores Académicos de número, elegidos entre los correspondientes de la localidad en que se establezcan, y para su elección se guardarán las mismas reglas que para los de Cádiz.

Se exceptúa la Sección de Madrid que constará, como la de Cádiz, de 30 académicos, y su Junta Directiva tendrá dos Vicepresidentes.

ART. 10. Las Juntas Directivas de estas Secciones organizadas en América se compondrán: de un Presidente, un Vicepresidente, dos Consiliarios, un Tesorero-Contador y un Secretario.

ART. 18. Párrafo 2.º y 3.º Los distintivos de la Real Academia, los constituirán:

Una placa de oro, para el Presidente honorario y Académicos protectores.

Una placa de plata, según modelo aprobado de Real orden, que se usará con uniforme o frac, en actos que no sean académicos.

Una medalla dorada, según modelo, para los actos académicos a que se concurra, y todos aquellos en que se lleve la representación oficial de la Real Academia.

ART. 22. Para facilitar la propaganda, se procederá a establecer Secciones en todas aquellas localidades donde se cuente con elementos.

ART. 25. La Real Academia tendrá un Reglamento de gobierno interior, y cada Sección podrá adoptar éste o presentar a la aprobación el que juzgare más conveniente para su útil funcionamiento.

ORGANIZACION DE LAS SECCIONES

DE LA

Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes

Con el único y exclusivo objeto de hacer más eficaz la labor de propaganda cultural Hispano-Americana, se organizarán SECCIONES de la ACADEMIA en aquellas capitales de naciones de origen HISPANO en las que se cuente con elementos para ello.

Se hace constar que tales SECCIONES no son corporaciones dependientes de la ACADEMIA cuyo domicilio está en Cádiz, sino una parte integrante de ella; entendiéndose que nunca ni por ningún concepto podrán considerarse aisladas, puesto que se han de gobernar por unos mismos Estatutos y lógicamente sus individuos al dejar de observarlos o pretender corregirlos en diferente forma de la estatuida, perderían todo derecho a ser considerados como miembros de la Real Academia Hispano-Americana. Por lo tanto, la Directiva de cada Sección, procederá a dar de baja a todo Académico que intentara proceder en contra de lo dispuesto.

Como Corporación legal y cultural fundada con arreglo a las leyes españolas, el Representante oficial de España en las capitales donde se establezca una Sección, deberá tener conocimiento de ello y será nombrado Académico de Mérito, o de Número si así lo deseara dicha personalidad.

La ACADEMIA en Junta General designará a un correspondiente para que como delegado especial reúna a los demás Académicos que residieren en la localidad donde se trate de organizar la Sección y propongan los 15 Académicos que han de formarla; actuando de Secretario el designado como Delegado y de Presidente aquel que los reunidos consideren como de más edad.

Una vez aceptados los 15 Correspondientes propuestos, pasarán a ser de Número en la SECCIÓN y reunidos en Junta procederán al nombramiento de cargos para la Directiva, ajustándose a lo dispuesto por los Estatutos para la Directiva de Cádiz y sus Académicos de Número, a los cuales quedan equiparados, hasta tal punto, que al trasladar un Académico su residencia a Cádiz o a otra capital donde hubiera constituida Sección pasa a ser Numerario de ella si existiera vacante, quedando de Supernumerario en el caso contrario en espera de ella.

Las Secciones usarán los mismos sellos, distintivos y prerrogativas, sin más diferencia en los documentos que el poner el nombre de la ciudad donde estuviere la Sección debajo del escudo o título de la Academia.

Expedirán títulos académicos, sin más obligación que atenerse a lo dispuesto en los Estatutos y dar cuenta a la Central con la fecha y demás datos necesarios para que conste en las Actas generales y Registro. Tendrán obligación de enviar anualmente la Memoria de Secretaría con el extracto de las Actas y de las cuentas y contribuirán con una cantidad proporcional a los ingresos de que dispongan, para auxiliar a los gastos generales. Cada Sección redactará su Reglamento interior adecuado a los medios locales.

